

## CONFERENCIA V

LA HISTORIA DE LAS RELIGIONES PRUEBA LA CAÍDA  
DE LA HUMANIDAD

1. **El sentimiento religioso sirve de mucho para juzgar á los hombres.**—Observando la vida religiosa de un hombre ó de una generación, es como se puede decir lo que son con más seguridad. Á la antigua sabiduría pertenece esta sentencia, que el poeta resume en las siguientes palabras: El hombre se refleja en sus dioses. <sup>(1)</sup> Ya Jenófanes observa que los etíopes se fabricaban dioses negros con gruesa nariz, y que los tracios hacían dioses pálidos con cabellos rojos <sup>(2)</sup> porque, como ya desde muy antiguo se dijo, <sup>(3)</sup> el hombre procura siempre hacerse dioses semejantes á sí mismo. ¿Aspira á la virtud? Trata de identificarse con aquella divinidad en la cual sabe que está su virtud personificada. ¿Está corrompida su inteligencia? Entonces inventa un dios de la riqueza, un dios del vicio, una diosa de la sensualidad.

Según eso, los que quieren separar una de otra la religión y la moral, ó los que creen que el valor de un hombre no depende de su religión, sino tan solo de su honradez; todos esos, decimos, no saben lo que dicen; es difícil incurrir en más grande error. Todo el que quiera formarse un juicio respecto al individuo, y más aún respecto á una época ó á una sociedad, debe ante todo considerar cuanto se refiere á la práctica de la religión, porque la religión es

(1) Clem. Alex., *Strom.*, 7, 4, 22. Eusebio, *Præp. evang.*, 5, 3; 7, 2; Jeró., *In ps.*, 80, 10.

(2) Clem. Alex., *l. c.*, Teodoro, *Græc. affect.*, 3 (Schultze, IV, II, 780).

(3) Jenófanes, 5 (Mullach, *Fragm. philos.*, I, 101).

también una virtud, al propio tiempo que la más alta realización de la vida moral, la primera manifestación de la verdad y de la fidelidad á la conciencia, á la justicia más elevada que existe, la justicia para con Dios, esa forma de la moral por la que el hombre sólo se eleva sobre la vida terrenal. Ella es el resumen de tantas virtudes, que pretender glorificar la virtud sin la religión, equivaldría á la honradez sin la justicia. Pero la religión es más que un simple ejercicio del corazón y de la actividad; comprende también la actividad del espíritu, el trabajo más perfecto y el más alto ennoblecimiento de la razón. En una palabra, la religión es el más sublime impulso, la más sublime tendencia de que sean capaces el espíritu, el corazón y la voluntad; y todas las potencias del hombre unidas en la dependencia más íntima deben tomar parte en su realización.

Así, pues, lejos de juzgar con acierto á un hombre cuando se ignora su modo de ser en cuanto á la religión, debe afirmarse que no se le estima en su justo valor, si no se tiene en cuenta ante todo sus sentimientos religiosos.

Pero, procediendo así, hay que distinguir entre la religión como teoría y la religión como práctica. Una cosa es la religión tomada objetivamente, como un conjunto de ciertas convicciones, y otra la religión subjetivamente considerada, es decir, en cuanto que el individuo, ó la comunidad, ó mejor dicho el sentido religioso, la practica.

De la religión considerada desde el primer punto de vista, es decir, en su contenido, en sus doctrinas, en sus preceptos, no es posible deducir siempre el carácter de sus adeptos; cuanto más perfecta sea, más inferiores serán aquéllos en su cometido; pero si los hombres tienen la desgracia de recibir por tradición una religión muy imperfecta, entonces puede muy bien ocurrir que algunos y aun muchos de sus prosélitos sean personalmente mejores que las doctrinas profesadas y que los ejemplos puestos ante sus ojos por sus creencias. Sin embargo, no se puede concebir que alguien tenga un valor moral superior al grado

en que practica la religión, pues la religión es lo mejor que puede realizar el hombre moral y espiritualmente hablando.

Cuanto acabamos de decir tiene más adecuada aplicación, si la doctrina enseñada por una religión es pura invención humana; entonces se puede deducir una conclusión cierta respecto al valor y al estado del hombre, no sólo según la mera práctica personal de la religión, sino según el sistema entero.

Pero todas las religiones paganas son más ó menos creaciones arbitrarias de los hombres; cada pueblo añadió sus propias invenciones al resto mayor ó menor de verdades que sobrevivieron á la desaparición de la edad de oro; así nacieron las religiones, los dioses, las doctrinas y las prácticas. Todo esto es obra de los hombres; por eso hay el derecho de apreciar el estado de la humanidad según el contenido de las antiguas religiones que practicaron; por él, sin embargo, solamente juzgamos á la sociedad, á la totalidad, pues hemos admitido ya que puede haber individuos mejores que una religión no creada por ellos, pero que fué creada y les ha sido transmitida por otros.

En tal sentido, consideramos la historia de las religiones como la parte más importante de la historia de la civilización, y las religiones inventadas por los hombres como el medio más adecuado para juzgar á la humanidad.

**2. Las doctrinas modernas acerca del origen y desenvolvimiento de las religiones.**—Es un hecho admitido, no sólo por los pueblos, sino también por los sabios, que durante siglos, y podemos decir durante millares de años, todas las religiones tuvieron como punto de partida la creencia en un *solo* Dios, y que solamente más tarde el politeísmo remplazó al monoteísmo primitivo. Una proposición innegable, á menos de estar prevenidos contra ella, es que se necesita concebir la idea de un ser divino antes de poder dividirlo en varias personalidades. La idea de la pluralidad de dioses sólo podía nacer después de mezclar la idea de un Dios sobrenatural é infinito con la imagen

de cosas visibles y limitadas, por consiguiente, de cosas múltiples y diversas; esto fué evidentemente imposible en tanto que se tuvo la idea de lo infinito, de lo inconmensurable, de lo supra-terrestre.

Pero Hume, el escéptico, que todo lo ponía en duda, tal vez hasta su existencia, exceptuando, sin embargo, su infalibilidad; Hume, para quien toda certidumbre consiste en creer que una cosa es de tal manera y no de otra, declara la guerra á esa antigua tradición, y así es como ésta tiene casi el derecho de aparecer donde quiera que se cultive la ciencia. Desde entonces, es imposible, se dice, que el monoteísmo haya reinado antes que el politeísmo; la ciencia y la civilización antes que la barbarie y la ignorancia; es tan imposible como lo es que alguien comience por construirse un palacio y después una cabaña.

He ahí una doctrina muy filosófica en apariencia, pero que responde poco á la realidad de los hechos. Como si muchos de los que habitaron desde luego los palacios no se considerasen á veces muy felices de encontrar albergue en una choza! Esta filosofía vaporosa parece inquietarse poco de que á menudo se encuentren hombres que son más groseros á los veinte años que á los doce; hombres, ancianos cuya sabiduría no puede compararse con la que tenían en una juventud mejor; adultos instruídos que se dedican á prácticas supersticiosas, que tiemblan de miedo ante un salero derramado, ante el número 13, ante una mala mirada, en una palabra, ante necedades y fruslerías de que se reían cuando eran niños. En materias religiosas, ese retroceso es desgraciadamente la regla en la mayoría de los hombres, especialmente entre los instruídos.

Psicológicamente hablando, es pues muy fácil explicar cómo la humanidad perdió la elevación y la pureza de las ideas religiosas que primitivamente poseía; y está perfectamente de acuerdo también con la marcha seguida en todos los tiempos y en todas partes por la historia de la civilización humana. Las partes más sublimes, las bases intelectuales de una civilización son siempre lo más expues-

to á la decadencia. Las prácticas exteriores quedan, el contenido interior desaparece. El alma se desprende y deja la envoltura muerta que se transforma aún durante algún tiempo, hasta que se convierte en momia ó esqueleto, que en lo sucesivo permanece más ó menos invariable. Como es fácil de comprender, en ninguna parte se ve más claro, que en los dominios de la civilización superior, en los dominios de la religión. Los abisinios, por ejemplo, apenas son cristianos por la fe y por el pensamiento; los mongoles apenas son budistas; no conservaron de la religión de Budha mas que fórmulas y formas vanas. <sup>(1)</sup>

Por cierto que sea todo esto, la opinión de Hume se ha mantenido, no obstante aquella contradicción evidente. Se repite sin cesar el principio de que la religión primitiva debió estar en el nivel más bajo que se pueda suponer, y que, por consiguiente, su más primitiva forma no pudo ser el monoteísmo. El propio politeísmo es demasiado noble para el estado de grosería animal en que debemos representarnos á los primeros hombres. Últimamente Vignoli, verdadero Decio Mus del Darwinismo, se tomó el trabajo de identificarse con las impresiones y los sentimientos de los animales, ó por lo menos, con las impresiones y los sentimientos más bajos posibles, á fin de tener una base para convencernos del modo como debió nacer la religión. Semejante ensayo tuvo á lo menos la ventaja de ser irrefutable para todos los que no quieren rebajarse hasta el animal ó tal vez más abajo. En cuanto á nosotros, nos permite decir que si los hombres no pueden hacerlo sin renunciar á su dignidad, no necesita reputación.

Esta ciencia, que parte de la idea de un estado natural menos que animal, asegura, no obstante eso, que á lo sumo el más grosero fetiquismo fué la religión de la humanidad primitiva. Tan grosera como la suposición, es curiosa la prueba. El animal, se dice, no es la más baja de las criaturas; querer admitir que el hombre, en el estado natural, se haya arrodillado ante un gato ó un cocodrilo, sería con-

(1) Ratzel, *Voelkerkunde*, (1) III, 17 y sig.

cederle demasiado honor, atribuirle demasiada inteligencia. Inferior al animal es el árbol; por lo tanto, el árbol debió ser antes que el animal la divinidad del hombre: todavía es inferior al árbol la piedra que está en el grado más bajo en la escala de los seres. Si alguna cosa hubiese más indigna de la humanidad, aun descendería la ciencia un grado, en el que vería la divinidad primitiva del hombre; pero hasta ahora se atiene á que la religión primera de la humanidad fué la adoración de las piedras.

Por consiguiente, á creer en los progresos de la ciencia de las religiones, necesitaríamos buscar el primer grado de la religión en el fetiquismo; después habría venido el culto del árbol, después el del animal, después, no sin algún retroceso, la adoración del agua, del sol, de las fuerzas de la naturaleza. Sólo más tarde vinieron el llamado animismo, los símbolos, y por fin la idea de inmortalidad con el culto de los antepasados y de los héroes. Poco á poco nació el presentimiento de que había algo sobrenatural extendiéndose más allá de esta vida. No se necesita decir que los hombres trataron de utilizarle y perseguirle á través de los aires y de los abismos, cuando era necesario, cuando parecía querer escapárseles; es decir, que resultó, como grado más próximo, la religión de los adivinos, de los encantadores, y el Schamanismo. Luego, desde ahí, por una ascensión rápida, el hombre se elevó por el panteísmo y el dualismo, por el monoteísmo judío y cristiano, y por el monoteísta purismo del Islam, hasta la religión de razón purificada de nuestra filosofía, al racionalismo, el *nec plus ultra* de la perspicacia humana, y al budismo, la flor más pura de la verdadera perfección y de la verdadera santidad.

Tal es, en resumen, el contenido de esta filosofía de escuela que se nos da á leer cada día con formas nuevas en nuestras obras sobre la filosofía de la religión, la historia de la civilización y la etnografía. Aunque no van tan lejos todos sus representantes, están, sin embargo, de acuerdo en que la creencia en un solo Dios no ha sido más que una

posterior invención, el resultado del desenvolvimiento largo y lento de una grosería primitiva hacia una civilización más elevada, y que le precedió el politeísmo en vez de sucederle. Sólo en el judaísmo, que estaba aun profundamente hundido en el politeísmo durante los primeros tiempos de su existencia, triunfó el monoteísmo de las formas hasta entonces bajas del pensamiento religioso. Los semitas son los creadores propiamente dichos de un Dios único. En vano refutó Max Müller ese principio de Renan, no como podría creerse en interés por la religión, sino exclusivamente desde el punto de vista científico; prevaleció siempre la idea de que los semitas habían sido monoteístas, sino primitivamente, á lo menos más ciertamente que otros pueblos. <sup>(1)</sup>

**3. En todas las religiones conocidas, el Monoteísmo es la forma primitiva de la fe.**—Cualquiera que sea la seguridad con que presentan esas invenciones, no son de naturaleza para desconcertarnos; no lo tomarán á mal los sabios en la ciencia de las religiones comparadas. Se puede muy bien reconocer sus méritos científicos, y admitir que tienen mala mano siempre que entran en los dominios de la religión y de la ética, especialmente en los de las verdades espirituales, ya sean concernientes á la metafísica, á la lógica ó á la moral. Todo médico está convencido de que, en materia de medicina, no hay niño que sea más torpe que los sabios; y lo peor es que en esta materia nadie se cree más infalible ni procede con más terquedad que ellos. Permitido será usar el mismo lenguaje, y tal vez con más razón, en cuestiones religiosas y morales. Ordinariamente, en cosas difíciles, se exige que sólo dé su opinión aquel á quien sean familiares.

Aquí, los que hablan con más seguridad son aquellos que no se toman siquiera el trabajo de disimular que su objeto consiste en negar todas las religiones, ó por lo menos en cambiar la religión y la moral conforme á sus propios deseos. ¿Tendríamos que caer de rodillas, con la fe

(1) Sprenger, *Leben und Lehre des Mohammed*, I, 245, 249.

del carbonero, en presencia de tales hombres que quieren sustituir los principios de la religión con el clericalismo despótico de la ciencia, como dice Tolstoi? ¿No sería tomar en serio el consejo irónico del sabio: «Hay que hablar de trabajo con el perezoso, y de piedad con el impío?» <sup>(1)</sup>

Los antiguos, que tenían ciertamente más sentido que nosotros para todo lo que se refiere á la religión, y que estaban además algunos miles de años más cerca de los orígenes, miraban, según dice Platón, como una verdad incontestable el hecho de que, antes de las perturbaciones politeístas, un solo Dios gobernaba todo el mundo, y que solamente más tarde fueron inventados diversos dioses para explicar los diferentes aspectos de una sola acción divina. <sup>(2)</sup> Filón de Biblos cuenta que en otro tiempo los hombres creían en un Dios único, en el Dios del cielo. <sup>(3)</sup> «Cuanto más se sube en el curso de los siglos, dice Cicerón, más se acerca la humanidad á la época en que la divinidad la hizo nacer, y mejor también, como es natural, se acuerda de la verdad». <sup>(4)</sup>

Puede decirse que los pueblos antiguos que conservaron la tradición de las cuatro edades del mundo, se representaron todos la historia de sus relaciones con Dios, como se dijo en el Brahman Yascht: El principio de nuestra vida era oro puro; después la religión fué plata, más tarde bronce, y por fin hierro, es decir la última edad, aquella en que hay divergencia en la manera de adorar á Dios. <sup>(5)</sup>

No son estas suposiciones arbitrarias, sino conformes á la historia. Los griegos reconocían la existencia de un tiempo en que aún no existía el abigarrado hormiguero de dioses que rodeaban á Júpiter. No existía éste en aquella época; antes que él reinaba Kronos ó Saturno. Bajo el ce-

(1) *Ecl.*, XXXVII, 13, 14.

(2) Platón, *Politicus*, 15, p. 271. d. e.

(3) Filo Bybl., *Fragm.*, 2, 5 (Müller, *Fragm. hist. Græc.*, III, 566). Eusebio, *Præpar.*, 1, 10.

(4) Cicerón, *Tuscul.*, 1, 12, 26, 27; *Leg.*, 2, 11, 27.

(5) Spiegel, *Eranische Alterthumskunde*, II, 152 y sig.

tro de este último no estaba el Olimpo tan poblado todavía como se creyó más tarde. Sin embargo, no pudo Saturno conservar solo ya la soberanía del cielo que había arrebatado á su padre, rebelándose contra él; por él había empezado ya el politeísmo, si bien no había alcanzado la degeneración de los últimos tiempos. Antes de él, sin embargo, habían conocido un solo Dios, Urano; por tanto, en aquel tiempo, reinaba el monoteísmo. Siguió un politeísmo al principio moderado, que fué definitivamente sustituido con el politeísmo completo de los tiempos sucesivos.

Una teoría más reciente que no se remonta á los tiempos más apartados, pero que se refiere, sin embargo, á una época relativamente pura, distingue igualmente tres grados en la decadencia. Los tiempos más antiguos, dice, son aquellos en que se veneraba á divinidades como Ophion y Eurynome, es decir, divinidades puramente simbólicas, no todavía las divinidades mitológicas representadas por imágenes. Después vinieron Kronos y Rhea con sus coros, y por fin los dioses del Olimpo que destronaron á los reinantes para poner en su lugar á Júpiter. <sup>(1)</sup>

Según las narraciones de los antiguos, se aplica esto igualmente á la religión de los romanos. Sin duda éstos no tenían nociones tan claras como los griegos acerca de las creencias más antiguas. Como pueblo, era más joven que él; pero que sea Jano ú otro el que haya sido su dios primitivo, lo cierto es que en Roma los dioses disminuyen á medida que se retrocede en el curso de los tiempos, y que la convicción, ya expresada por los antiguos, que los refería todos á una divinidad sola, <sup>(2)</sup> responde perfectamente á la verdad. <sup>(3)</sup>

Por lo que respecta á los indios, manifiestan con la mayor verosimilitud los más antiguos documentos religiosos su creencia de que en los tiempos primitivos sus antepasados no habían adorado más que á un solo dios, el cielo

(1) Aristófanés, *Nub. Schol.*, 247.

(2) Agustín, *Civ. Dei*, 4, 11.

(3) Schwegler, *Römische Geschichte*, I, 227.

luminoso, la luz celeste. <sup>(1)</sup> Este Dios es el creador, señor omnisciente y santo. En él no existe el mal, y por eso vela sobre lo bueno y sobre lo malo. <sup>(2)</sup> No es aquí nuestro propósito precisar si este dios único, de que se trata, era Varuna, ó si éste era lo mismo que Urano, que hemos aprendido á conocer como el dios único y primitivo de los griegos; <sup>(3)</sup> pero lo cierto es que Indra, el cual más tarde, cuando el politeísmo consiguió su victoria completa, era considerado como el más elevado entre los dioses, llegó á ocupar aquel puesto poco á poco, y tal vez no sin lucha en la fe del pueblo. <sup>(4)</sup> Pero los otros seres luminosos, los Adytas, <sup>(5)</sup> que están más cerca de él, y que fueron más tarde adorados como dioses, apenas eran considerados en su origen como divinidades; no eran más que los mensajeros de Varuna. También en los Vedas es Varuna muy superior á ellos. <sup>(6)</sup> La mayor parte de los cantos védicos, que nos hacen conocer situaciones religiosas más antiguas en la India, nacieron si no mucho después, á lo menos en un tiempo en que se manifiesta ya por modo evidente una decadencia en las ideas más puras de otro tiempo concernientes á un dios único. <sup>(7)</sup> Sin embargo, no sirven para probar con certidumbre cual era el nombre del primer dios supremo. <sup>(8)</sup> Pero es tanto más curioso que, no obstante esa oscuridad, el recuerdo del monoteísmo que precedió al politeísmo se haya por lo menos mantenido entre ellos en medio de las invocaciones dirigidas á sus numerosos dioses. La idea de un dios infinito se descubre en la bruma de

(1) Colebrooke, *Essays on the religion and philosophy of the Hindoos* (Leipzig, 1858), 123, 125 y sig. Benfey, *Art. Indien* en *Ersch und Gruber* (1840), II, sección XVII, 159. Kœppen, *Religion des Buddha*, I, 3. Lassen, *Indische Alterthumskunde*, (2) I, 897 y sig., 925 y sig., 1003. Chr. Pesch., *Der Gottesbegriff in den heidnischen Religionen des Alterthums*, 3 y sig., 23.

(2) Cox, *Mythology of the Aryan nations*, I, 331.

(3) Varuna, "Αφρονοσ Avernus, 'Οφρανο.

(4) Muir, *Original Sanscrit texts*, V, 122 y sig. Fischer, *Heidenthum, und Offenbarung*, 24 y sig., 30, 36 y sig., 41 y sig., 102.

(5) Cf. 'Αφροδιτη Aditi.

(6) Muir, *loc. cit.*, V, 420.

(7) V. mas arriba. *Conf.* II, 6.

(8) Lenormant-Busch, *Histoire primitive de l' Orient*, (2) III, 168.